



MARÍA, LA MEJOR ADORADORA DE LA EUCARISTÍA

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y, levantando la voz exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,39-45).

La historia de la Salvación está profundamente marcada por dos hechos trascendentales: el "sí" de María el día de la Anunciación y la muerte de Jesús en la Cruz que nos abre las puertas del Cielo a todos los justos, desde antes de Jesucristo hasta el final de los tiempos.



Significa que la historia de la Salvación está totalmente "colgada" de la maternidad de María aceptada libremente y del ofrecimiento de su Hijo en la muerte de Cruz (San Juan Pablo II).

MARIA Y LA EUCARISTÍA

➤ María nos atrae a la Eucaristía

Afirma San Juan Pablo II que la Maternidad espiritual de María "ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado Banquete -celebración litúrgica del misterio de la Redención-, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente. Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía... María guía a los fieles a la Eucaristía" (RM.44). **María nos atrae irresistiblemente hacia la Eucaristía.**

María nos atrae a la Eucaristía, Sacrificio incruento del cuerpo y de la sangre de Cristo, formados al calor de su Corazón por obra del Espíritu Santo. Nos atrae a la Eucaristía, comunión en Cristo, porque Cristo está privilegiadamente en Ella y Ella en Cristo. Nos atrae a la Eucaristía-tabernáculo porque **Ella es custodia viviente** excepcionalmente enriquecida por la gracia redentora, y la mejor adoradora de la Presencia Real de Cristo.

➤ María y la Presencia real de la Eucaristía

María es la Madre de Dios. Madre-Virgen por obra del Espíritu Santo. Es, por lo tanto, portadora de la Presencia Real del Cuerpo, de la Sangre, del Alma y de la Divinidad de N. S. Jesucristo. **Es Sagrario viviente.**

Desde la anunciación, Ella lleva en su seno la presencia real del Verbo encarnado, que además, en cuanto hombre, se va desarrollando en Ella, va tomando de Ella su cuerpo humano. **Es el primer y el más grandioso y digno sagrario.** Y en el pasaje de la Visitación a Isabel, mientras camina la Virgen al encuentro con su prima, **María realiza la primera procesión del Corpus**, convirtiéndose la Virgen en la mejor de las custodias en procesión adorante por los caminos del mundo

María es Madre de los redimidos. ¡Madre nuestra!: No ceses de conducirnos al encuentro de Cristo-Eucaristía, renovación incruenta del Sacrificio del Calvarios. No ceses de ofrecernos el Cuerpo y la Sangre de Cristo porque somos peregrinos hambrientos y sedientos del Pan verdadero y de la Bebida verdadera. No ceses de atraernos como adoradores a los pies del Tabernáculo.

María es la Madre al pie de la Cruz. Testigo excepcional del sacrificio de Cristo, contenido del Sacrificio incruento de la Santa Misa. Ella nos conduce a la Eucaristía porque está asociada al sacrificio redentor con su corazón traspasado por la espada de dolor, y testifica el cumplimiento del amor que Cristo nos tiene "hasta el extremo". María -afirma S. Juan Pablo II- es "*testigo particularmente sensible de ese amor que encuentra su expresión sacramental precisamente en la Eucaristía*" (Polonia, 08, 06, 87).

En conclusión, lo mismo que Dios para hacerse hombre quiso contar con la Virgen María, **quiso contar con su Madre para ofrecernos el don de la Eucaristía.** Ella, como Madre solícita nos atrae irresistiblemente hacia la Eucaristía Sacrificio, Comunión y Tabernáculo. Ella nos pide que vivamos centrados en la Eucaristía porque la mejor manera de penetrar los sentimientos del Corazón de Cristo en la Eucaristía es **vivir en comunión con los sentimientos del Corazón de María.**

CÓMO SERÍA LA ADORACIÓN DE MARÍA A LA EUCARISTÍA

San Pedro Julián Eymard imagina cómo habría sido para María adorar a su hijo Jesús en la Eucaristía.

No se sabe exactamente cuántos años vivió la Virgen María después de la ascensión de su Hijo, Jesús, pero estuvo activa en la Iglesia, como se relata en los Hechos. Los apóstoles comenzaron a celebrar la misa poco después de su ascensión y sin duda la Virgen María asistiría a ella. Para María, adorar a Jesús en la Eucaristía sería un momento conmovedor: **¡sentir la presencia real de su Hijo bajo la apariencia del pan y el vino!**

San Pedro Julián Eymard, en el libro *Mes de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento*, imagina cómo habría sido para María ver a Jesús en la Eucaristía. Durante aquellos años, María se dedicó por completo a adorarlo y honrarlo en su eucarística vida. Pasó la mayor parte de sus días y noches al pie de ese divino tabernáculo, porque allí estaba su Jesús, su Hijo y su Dios.

Eymard imagina cómo adoraría María a su Hijo en el Pan eucarístico. Su adoración, nos dice el Santo, fue **profunda, interior, ardiente.** Fue el regalo de todo su ser. Ella se ofreció enteramente a los amorosos servicios de la Eucaristía, porque el amor no impone condiciones ni reservas. Ya no piensa en sí mismo, ya no vive para sí mismo. Vive solo para el Dios a quien ama. Todo en María se volvió hacia el Santísimo Sacramento como hacia su centro y su fin. Se estableció una corriente de gracia y amor entre el Corazón de Jesús en la Hostia y el Corazón de María adorando. Eran dos llamas unidas en una sola. **¡Dios fue entonces perfectamente adorado por su criatura!**

Cuando nos acercamos a Jesús en la Eucaristía, cultivemos el espíritu de María dentro de nosotros y humillémonos ante nuestro Dios, pero sobre todo, ante nuestro Amado.

ORACIÓN DE SAN PEDRO JULIÁN EYMARD A LA VIRGEN ADORANDO A JESÚS EN LA EUCHARISTÍA

¡Oh María, enséñanos la vida de adoración!
¡Enséñanos a encontrar, como tú, todos los misterios y todas las gracias en la Eucaristía,
a vivir de nuevo el Evangelio y a leerlo en la Vida Eucarística de Jesús!
Recuerda, Señora del Santísimo Sacramento,
que eres la Madre de todos los adoradores de la Sagrada Eucaristía.
Bendita tú eres entre todas las mujeres, María,
y bendito es nuestro Jesús Eucarístico, fruto de tu vientre.

MARÍA, SAGRARIO MATERNAL Y CUSTODIA CORDIAL DEL HIJO

El Cuerpo de Cristo que está en el Sagrario es el mismo que fue gestado en el vientre virginal de María, y la Sangre de Cristo que adoramos eucarísticamente, es la misma que fue sustentada desde las entrañas maternas de María.

Por eso considera que **así como lo tratemos y amemos a Él en el Sagrario, tratamos y amamos a María**; y que para tratar y amar adecuadamente a Jesús-Eucaristía debemos aprender a tratar con Él en el Corazón de María. Y en este Corazón aprendemos el silencio interior, necesario para la Adoración:

El silencio es un don que brota de la plenitud experimentada por tener el alma, la mente y el corazón inundados de la gracia, la verdad y el amor. Cuando se conoce la verdad se disipa la duda y la angustia. Cuando se encuentra el bien nos abandona el miedo y **cuando nos sabemos amados desaparece la amargura que da la sensación de la supuesta soledad**. El ruido que hacemos o buscamos, a veces para hacernos notar, acusa nuestras carencias. EL silencio de María, que ante tantas situaciones trascendentes de las que fue testigo y partícipe, las enfrentó con recogimiento y humildad, nos hacen reconocer la corona de virtudes de un Corazón Inmaculado lleno de conocimiento y amor de Dios.

María es el Sagrario que concibe a Cristo que es la misma persona increada del Verbo de Dios.

Por eso, **la excelencia y dignidad de María es incomparablemente superior a todas las demás criaturas, a todos los santos y a todos los ángeles juntos**.

María, Madre de Cristo que se hace Eucaristía y Madre de la Iglesia, haz nuestros corazones custodios de la gracia y adoradores en espíritu y verdad del Señor.

EL ROSTRO DE CRISTO LE PERTENECE DE MODO ESPECIAL (JPII Rosarium V. M, 10)

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo.

Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «*envolvió en pañales y le acostó en un pesebre*» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de **adoración y asombro**, no se apartará jamás de Él.

Será a veces una **mirada interrogadora**, como en el episodio de su extravío en el templo: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*» (Lc 2, 48); será en todo caso una **mirada penetrante**, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2, 5); otras veces será una **mirada dolorida**, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. Jn 19, 26-27); en la mañana de Pascua será una **mirada radiante** por la alegría de la resurrección y, por fin, una **mirada ardorosa** por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

ADORACIÓN Y PETICIÓN

Frente a nosotros, tenemos la Presencia Real de Jesús, Pan Vivo que se nos dona como alimento espiritual. Junto a Él, está nuestra Madre, la Virgen del Adviento, la discípula fiel y atenta al querer de Dios.

Renovemos nuestros deseos de amor y de reparación, agradeciendo y pidiendo con insistencia la gracia de su venida, **para que sepamos responder en fidelidad a la llamada que el Señor nos hace a vivir santamente.**

A cada alabanza rezamos:

R/. Con la Virgen nuestra Madre, te bendicimos Señor, eres nuestro consuelo

Gracias Dios de la Vida, por tu Presencia en la creación y en el corazón de la humanidad y sobre todo en la Eucaristía. **R/**

Gracias Señor de la Historia, por llamar a María, mujer sencilla y abierta a tu Palabra y a tu Voluntad. Gracias sobre todo por habérsela dado como Maestra, Modelo y Madre. **R/**

Gracias Dios de Amor, por hacerte en Belén uno de nosotros, pequeño, pobre y necesitado. Por confiar cada día en nosotros. Por querernos tanto que has querido hacerte uno de nosotros, caminar a nuestro lado y morir de amor en la Cruz. **R/**

Te alabamos Señor, por tu Presencia Viva en la Eucaristía, en tu Palabra y en tu Iglesia. Llénanos siempre de Tu dulce presencia. **R/**

Te alabamos Señor, porque nos has llamado a tu servicio, fiándote de nosotros con infinita misericordia, y haciéndonos apóstoles y mensajeros de tu amor y de tu verdad. **R/**

Bendito seas Señor, por tu Iglesia, a través de ella recibimos tus sacramentos y misión. Y por el regalo de creer firmemente en Ti. Por la esperanza que ponemos en Ti y en tu venida, por encima de todas las realidades que nos rodean. **R/**